

# UN AMOR LEJANO

## RELATO



JUAN CASTELL QUILES

I

Los días son largos y plácidos en Blaye. El señor del lugar es el noble Jaufré Rudel, conocido por sus dotes de cazador, de trovador y, sobre todo, de gran amador. Es culto y muy refinado. Ya están lejos los tiempos de las luchas de los señores para consolidar privilegios. Jaufré se deleita en las horas en que se agota galopando en busca de buena caza, en las prolongadas reuniones con sus amigos al calor de la chimenea. Horas de chanzas, de bromas, de discusiones; horas en que se vacían las botellas del espeso vino tinto de la tierra. Y es cuando el noble se muestra más delicado. Bebe grandes cantidades de vino, pero jamás pierde la compostura ni se enzarza en fútiles discusiones o en bromas groseras o en gritos y cánticos obscenos. “quien no aguanta una copa que no se beba un barril” es su frase favorita cuando algunos se proponen.

A Jaufré le encanta la poesía. Le gusta rodearse de trovadores y escuchar sus nuevas canciones. Él también ha compuesto alguna pieza, pero lo mantiene oculto. Prefiere oír en silencio. En tal situación no corre el vino. Se bebe con moderación porque lo importante es captar la belleza de los versos sonoros y llenos de ecos misteriosos unos, lánguidos otros, sugerentes todos. Jaufré ha compuesto algunos, pero los juzga prematuros. No se siente satisfecho al firmarlos como cuando abate un ciervo con su ballesta. Debe ahondar más. ¿Tal vez le falta un motivo serio? ¿Será que no tiene a quién dedicarle sus versos?

Gran amador es el noble Rudel. Gran amador, pero circunstancial. Amores de una noche o de una tarde. Amores que va derramando por sus tierras. No es amigo de ciertos derechos que posee como señor de Blaye. Jamás ha usado el llamado “derecho de pernada”. Cree monstruoso vejar a una mujer el día en que comienza su vida matrimonial. Y tanto o más dejar solo a un abatido y escarnecido novio que ve cómo su esposa

anda hacia un lecho ajeno... Jamás ha cometido esto que considera un desmán. Sus amores han sido con campesinas que han quedado tan satisfechas por el favor del amo; con juglaresas que han pasado por la ciudad con sus cantos y sus juegos; con damas nobles amigas de todo tipo de placeres. Y estas aventuras amorosas, siempre entre dos: una mujer y él. Jamás ha consentido participar en orgías colectivas, tan de agrado de muchos amigos suyos.

Este era Jaufré Rudel hasta que conoció a los primeros cruzados procedentes de Tierra Santa.

## II

Los cruzados eran personas de muy diversa índole e idiosincrasia. Unos eran cristianos fervientes que deseaban desalojar a los musulmanes de los lugares sagrados de Tierra Santa. Otros, aventureros deseosos de luchas y de botín. Había quien quería huir de su tierra a causa de conflictos económicos, familiares, amorosos... Nobles, clérigos, siervos, comerciantes... También en lo tocante a estamentos la variedad era considerable. En fin, se trataba de una multitud de personas cuya única característica común era la de luchar contra los sarracenos afincados en Palestina.

Cuando llegaron los primeros cruzados a Blaye, fueron recibidos por Jaufré. Todos habían oído hablar de las luchas y de las conquistas de aquellos guerreros cristianos que desde hacía casi doscientos años se esforzaban por “limpiar de mahometanos las tierras que habían sido pisadas por los sagrados pies de Jesucristo”, en frase de uno de los frailes conductores de uno de los grupos de cruzados. Todos los habitantes de Blaye conocían aquel fenómeno, pero nunca habían visto a ningún miembro del “sacrosanto ejército de Cristo”, en boca de otro fraile iluminado.

Los cruzados que se hospedaron en el castillo de Jaufré eran del género selecto. Oficiales y jefes. Grandes luchadores y grandes guerreros, pero también seres refinados. La primera noche transcurrió con comida abundante y buen vino. Las conversaciones corrieron a cargo de los cruzados, que narraron sus aventuras y las condiciones en que se luchaba en Tierra Santa. Como era gente seria, todo fue elegante y cortés. Ni fanfarronadas acerca de sus batallas ni abuso en la bebida ni jactancias por sus conquistas amorosas. Tan sólo un joven parisiense empezó una historia subida de tono respecto a su hazaña con una mora noble, pero los siseos de sus correligionarios le hicieron callar.

Al día siguiente le enseñaron a Jaufré un juego que hacía furor en los países árabes y que ya se había introducido en Europa. Se llamaba ajedrez y consistía en el enfrentamiento de dos ejércitos, uno blanco y el otro negro hasta la victoria de uno de los dos. Había soldados, caballeros, fortificaciones almenadas, un rey y una reina. Era un juego lento, solemne. Precisaba ingenio y cálculo. Aquello entusiasmó a nuestro personaje que deseó ser ilustrado acerca de tal guerra. Con ello pasó tres días absorto y dedicado a las tácticas posibles.

Al quinto día, un jefe de alta alcurnia dejó caer el nombre de una dama. Era la condesa de Trípoli, famosa por su belleza y su cortesía. Al nombrarla, todos los cruzados guardaron silencio como muestra de respeto y admiración. El jefe sacó de un bolso de piel un retrato miniado de la condesa y se lo mostró a Jaufré. Éste lo miró largo rato...

### III

¡Es bellísima! –exclamó Jaufré al cabo de unos largos minutos de contemplación.

Lo es, monseñor – respondió el cruzado-. Lo es y mucho más al natural. Este retrato es un pálido reflejo de su belleza.

¿La conocisteis, conde?

La conocí... - calló unos segundos y, mirando a un punto indefinido, continuó-. La conocí en un período de reposo tras esta herida que me tiene medio rígido el brazo izquierdo... Me llevaron a Trípoli a rehacerme. Dada mi condición de conde de Ventadorn, me alojaron en el palacio de la condesa. Yo había oído hablar de la gran belleza de la condesa Lucía de Trípoli. Todos habíamos oído hablar de ella... Pero las palabras jamás habían podido acercarse a la realidad. Cuando pude levantarme y me recibió en su salón condal... No os burléis de mí, señor de Rudel... Me sentí, me sentí tembloroso como si estuviera ante una carga de jenízaros... Ella me hizo gestos de que me aproximara a su sitio... Fui como pude y yo, conde de Ventadorn, guerrero reputado por mi sangre fría y arrojo, sentí tambalear todo mi valor ante la belleza de aquella dama que me sonreía y me felicitaba por mi restablecimiento... -el conde guardó silencio largo rato. Por fin, moviendo la cabeza siguió-. Fue imposible. La amé desde el primer instante, pero cuando un día hice acopio de todas mis fuerzas y le declaré mi pasión, me miró muy seria y salió en silencio de la sala...

Jaufré se sintió conmovido por el relato del duro guerrero. Jamás se hubiera imaginado tal circunstancia en hombre de su temple. Su imaginación, espoleada por lo que había oído y por la impresión que había recibido ante el retrato miniado de la dama, lo elevó a fantasías de las que se hubiera sentido incapaz unos días antes.

Preguntó a otros cruzados sus impresiones sobre la condesa. No quería dejarse llevar por las explicaciones de un solo hombre, que podía exagerar o sentirse falsamente impresionado y que inventaba lo que le parecía que hubiera sido bello. Indagó ante otros y todos respondieron igual: la belleza, la dulzura, la delicadeza de Lucía de Trípoli eran las cualidades insuperables y elevadas a lo celestial de una mujer sin igual. Más de uno, al hablar de la condesa, se ruborizó. ¡Cruzados que habían resistido impávidos grandes peligros ruborizados ante recuerdos inolvidables!. El rubor de aquellos hombres fue el principal determinante del estado en que cayó Jaufré Rudel...

## IV

¿Te has dado cuenta, Guillem, el señor no sale apenas de sus dependencias?

Ni siquiera ha salido de caza estas últimas semanas...

¿Y su interés en traerse a todos los cruzados que pasan por Burdeos? ¿Ves normal el caso que les hace?

Y ¡cómo los agasaja!

No sé qué le puede haber pasado... si ni siquiera ha andado buscando mujeres... Qué sé yo... Muy raro es esto...

Los siervos no lo entendían, los amigos no lo entendían, los frailes adjuntos al señorío no lo entendían...

Jaufré permanecía en una salita recoleta leyendo canciones de trovadores famosos y revisando las suyas propias. Siempre le había gustado esforzarse por hallar la palabra justa, la rima exacta, el ritmo adecuado. Lo que siempre le había faltado era un asunto, un tema, una persona... algo o alguien que lo conmoviera y le hiciera brotar las palabras que hicieran vivas aquellas letras que hasta entonces sólo habían formado juegos superficiales. Jamás había sentido vibrar su alma al escribir. Había experimentado placer, incluso gozo, pero no emoción ni pasión...

Ahora sentía conmoverse su espíritu. Había logrado por fin unos versos puros y certeros, unos versos que destilaban ternura y deseo: "Amor de tierra lejana: por vos todo el corazón me duele".

Y le dolía, le atormentaba el recuerdo de aquellos ojos del retrato, aquella sonrisa sugerida más que dibujada, los hechos y dichos de doña Lucía que le habían relatado y que le habían hecho desear conocerla y tenerla en su caserón para siempre...

Jaufré intentó despejar su pensamiento. No quería olvidar a la dama lejana sino aplacar un tanto su desazón. Aquella vida centrada sólo en la imaginación no podía continuar. Buscaría el remedio y la posibilidad de emprender el largo y penoso viaje para conocer a su amada, pero mientras lo conseguía, debía ser el hombre fuerte que siempre había sido.

Organizó una montería. Le habían avisado de que un grupo bastante numeroso de jabalíes andaba por sus tierras y decidió salir en su busca. Mandó aviso a sus amigos y prepararon una salida.

Sus compañeros de caza y de fiestas y comilonas se alegraron de ver que el noble volvía a la normalidad. Acudieron y lo celebraron con una cena copiosísima: grandes pedazos grasientos de carne, inacabables copas de vino tinto, carcajadas, bromas subidas de tono... Jaufré se esforzó por participar y al cabo de un rato lo consiguió, siempre dentro de su moderación habitual. La entrada de unos juglares al final del convite llevó la alegría a euforia desatada. Eran juglares muy completos: saltimbanquis, juegos de manos, contorsiones... y canciones. Bellas canciones de amor que fueron interrumpi-

das por Giraut d'Aurenga con gritos de: "¡Queremos sangre! ¡Canciones de guerra no de amores!"

La partida de caza fue un éxito: quince jabalíes fueron la presa obtenida. De ellos tres fueron abatidos por las certeras flechas de Jaufré.

Al regreso nueva y descomunal cena. Cuando se recogieron todos en sus habitaciones tambaleándose y dando gritos de ¡Victoria, Victoria!, Jaufré se retiró a su sala privada. Estaba agotado y contento, pero también estaba deseoso de la marcha de sus amigos al día siguiente. Se sentó en su sillón fraileroy suspiró...

## V

El mes de mayo era un estallido de luz, colores, olores... Era el mes de mayo que alegraba la vida tras los meses fríos del invierno y el grisáceo de un abril lluvioso que había retrasado el triunfo de la primavera. Jaufré acababa de escribir la canción que le había dejado un sabor dulce en el alma. Repetía el comienzo: "Cuando los días son largos en mayo,/ me es grato el dulce canto de los pájaros lejanos /y cuando me he alejado de allí,/he recordado un amor lejano."

Reconocía el error de ese último verso. ¿Cómo podía acordarse de un amor lejano si no conocía a la dama?... Pero sí la conocía. En su imaginación y en su cerebro, ya sin necesidad de las evocaciones de los cruzados, sabía cómo era, qué sentía, qué deseaba.

Debía ir a Trípoli, debía conocerla y declararle su amor, su deseo y... pero aquí se detenía... ¿Cómo ir a tan lejano país? ¿Con qué nave acudiría allí donde con el pensamiento acudía a diario?... "Me acordé de un amor lejano!"...

Y llegó la solución. Se convocó la segunda cruzada. Hacían falta voluntarios y a cruzarse se presentó Jaufré. Su condición de noble le supuso un puesto de mando adecuado. Con él se embarcaron dos amigos, Bernart de Bornelh y Pere Bremon.

La travesía era grata. El mar, en calma; los cruzados, descansando antes de los duros momentos que les esperaban en tierras sagradas. Jaufré acodado en la borda con la vista clavada en la lejanía. Para él los días transcurrían con una lentitud desesperante.

A pocos días de avistar tierra, empezó a sentirse mal. Le dolía la cabeza y notaba su cuerpo sudoroso. La visión se le iba nublando... Cayó enfermo con una fiebre tan alta que lo dieron por perdido. Delira-



ba y repetía frases inconexas. Se movía agitado por la temperatura que amenazaba con hacerle estallar las sienas... Bernart y Pere no lo dejaban y lo cuidaban a todas horas. “Se nos va, Bernart”, dijo Pere con lágrimas en los ojos. Su amigo sólo meneó la cabeza con suavidad.

Arribaron a Trípoli una madrugada. Lo desembarcaron y lo trasladaron a un edificio que atendía a enfermos y accidentados. Un a modo de hospital con las carencias propias de aquellos tiempos. Unos médicos atendieron al enfermo. El mayor miró con gesto triste a los dos amigos e hizo un gesto de impotencia. Señaló un camastro vacío y se alejó.

Bernart conocía la pasión amorosa de su amigo y decidió obrar en el acto. Sabía que Jaufré, aunque buen cristiano, no se había cruzado por combatir sino por llegar a Trípoli y conocer a su enamorada lejana. Sabía que ella era la condesa de la región y, dejando a Pere cuidando a su amigo, se encaminó al palacio condal.

## VI

Bernart de Bornelh quería mucho a su amigo y señor Jaufré y, al mismo tiempo, era hombre agraciado en lo físico y muy inteligente y dotado para las cosas del espíritu. Se presentó en el palacio como embajador del señor de Blaye, el honorable Jaufré Rudel. Tras unas vacilaciones de la guardia, fue llevado a la presencia de la condesa. La impresión que ésta le produjo fue tan grande que le costó empezar a hablar. La visión de aquella mujer que, incluso vestida con ropas de ceremonia, dejaba apreciar la belleza de sus formas y, más que nada, el rostro de una perfección absoluta y los ojos verdes y vivos dejaron a Bernart mudo. La condesa sonrió y le invitó a hablar.

Señora, mi señor os ama – todos los presentes en la sala de recepciones enmudecieron. Aquello era insólito, increíble, insolente. Podía ser castigado con la pena de muerte por ofensa grave a la condesa. No se atrevieron a mirarla, tanto era su horror. Ella permaneció rígida en su trono. Ni un gesto ni un movimiento de ningún tipo alteró su inmovilidad. Sólo sus ojos parecieron animarse en un brillo fugaz. El caballero provenzal sacó del interior de su túnica un pergamino amarillento -. Señora, sé que mis palabras son pobres y no me siento capaz de seguir. Permitidme que os lea una canción que mi señor, que es gran poeta además de sus ocupaciones cortesanas, os dedicó hace unos meses. Él os dirá mejor que yo su amor. Un amor que nació en la lejanía sólo por haber oído hablar de vuestras excelencias y de haber visto una miniatura con vuestro bello rostro.

Empezó a leer con sosiego la bella canción. “Cuando los días son largos en mayo...”. El rostro de la condesa fue iluminándose hasta alcanzar un brillo cegador. Sus ojos quedaron fijos en algún punto lejano. Palideció, se sonrojó, apretó los labios, sonrió... fruto del estado de su ánimo.

En su litera fue trasladada al hospital en que descansaba Jaufré. A pocos pasos, en otra litera menos lujosa, la seguía Bernart acompañado de un visir de la condesa. Las gentes se inclinaban devotos a su paso.

Al entrar en el edificio, todo eran reverencias por parte de los médicos y asistentes. Ella no miraba a nadie y apresuraba su paso. Su rostro, inexpresivo como el de una estatua. Cuando llegaron junto al lecho de Jaufré, éste permanecía en estado inconsciente. La condesa lo miró y agachándose, le acarició la sudorosa frente. Un leve gemido del enfermo respondió a la caricia. Jaufré se removió, abrió los ojos con esfuerzo y vio a su amada inclinada sobre él. No le cupo la menor duda: era ella. Era su amor lejano que se le aparecía en aquel lugar sombrío. ¡Era tan bella como lo había imaginado... no, ¡mucho más...! Era...Sonrió, cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo y murió. La condesa, abandonando su rigidez, le besó en los labios largamente....

*Juan Castell Quiles*

